

LA DOCTRINA Y LA OBRA PEDAGÓGICA DEL DOCTOR FONT Y PUIG (*)

Agradezco muy de veras a los organizadores de un tan emotivo acto como éste, la ocasión que me han dado de expresar los sentimientos del Instituto «San José de Calasanz» y de la Sociedad Española de Pedagogía, a los que tan ligado estuvo el doctor don Pedro Font y Puig. El Instituto y la Sociedad se beneficiaron, aquél muy pronto y ésta desde su nacimiento, con la participación intensa y personal, del doctor Font; nada de extraño tiene que con absoluta unanimidad, lo mismo quienes forman parte que quienes representan a estas instituciones, sientan un hondo pesar ante la muerte del doctor Pedro Font y Puig, por la que se han visto privados de una valiosa y ejemplar actuación.

Personalmente, quien ahora os habla, Víctor García Hoz, se halla en la difícil situación del que, deseando comprender cristianamente los acontecimientos de la vida, siente una profunda tristeza, porque, en el orden natural, ha perdido un amigo y un maestro y quiere sentir una gran alegría porque, en el orden sobrenatural, *vita mutatur non tollitur*, su amigo ha logrado, sin duda, la plenitud de vida subsiguiente a la visión directa de Dios.

Hablar en pocos minutos de la doctrina y de la obra pedagógica del doctor Font y Puig es asunto nada fácil, porque una y otra, doctrina y obra, son expresión clara de la riqueza personal que el ilustre profesor tuvo y por lo mismo se presentan con caracteres de gran

(*) El día 4 de diciembre se celebró en los locales de la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Barcelona, una solemne sesión necrológica en memoria del doctor don Pedro Font y Puig, fallecido el 25 de mayo de este año. Como homenaje a quien tan eficazmente trabajó en el Instituto «San José de Calasanz», en la Sociedad Española de Pedagogía y en la Sección de Pedagogía de la Universidad de Barcelona, publicamos en este número los discursos pronunciados en dicha sesión por el doctor Víctor García Hoz y por don José Juan Piquer y Jover.

diversidad. Sin embargo, dentro de tal diversidad, el mismo doctor Font nos da la clave para encontrar, en todos sus trabajos un como hilo que los ata, dándoles unidad. En ocasión, tan aparentemente trivial como es la Fiesta de las Letras, en la cual, y en el año 1949, intervino como mantenedor, inició su discurso con las siguientes palabras:

«La unidad e identidad sustancial del hombre en el devenir de éste como ser natural temporal, demandan dos dotes o perfecciones: continuidad y síntesis.

Merced a la síntesis y a la continuidad, la vida del hombre se desenvuelve con seriedad, formando sus actos serie, y siendo un hombre con quien se puede contar, por servir el pasado de garantía del presente y del futuro; se es hombre de carácter; la constancia en los afectos vence la inestabilidad emocional; la jerarquía interior sofoca desequilibrios, y la perseverancia en la acción reemplaza la volubilidad antojadiza.

Merced a la continuidad y a la síntesis, la mente elabora la Ciencia; continuidad y síntesis se traduce dentro del pensamiento científico en método y sistema, respectivamente. Método es la vía lógica al pasar por la cual los datos inconexos de la sensibilidad se van transformando en serie de objetos científicos: inciden sobre nuestra retina rayos reflejados por cosas diversas, y vemos colores diversos: rojo, azul, amarillo, etc; entre ellos no hay otras relaciones que la genérica de ser colores, y una relación espacial y otra de simultaneidad o de sucesión en la visión; mas mediante el método de la Física forman la escala cromática, determinándose su relación con precisión numérica. Del método brota el sistema: síntesis: comunión de estabilidad lógica, porque en él la firmeza de cada proposición redundando en firmeza de las otras, y si una cayere, no caería sola; el grado de perfección de cada ciencia, en cuanto tal, está en razón directa de la solidaridad estructural y funcional entre sus proposiciones, es decir, del grado de sistematización obtenido» (1).

En estas palabras expresó don Pedro Font algo más que una idea; puso de relieve lo que su vida de pensador y educador fué, porque bien puede afirmarse que la continuidad y la síntesis, es decir, la reducción a unidad de cosas separadas en el tiempo y diversas en su contenido, constituyen, a mi modo de ver, la característica de la obra del doctor Font, para quien la continuidad y la síntesis constituyen la razón fundamental de la vida, la razón fundamental de la ciencia y la razón fundamental del hombre.

En justificación de tal aserto, no voy a utilizar muchos razonamientos míos; van a ser las mismas palabras del doctor Font y Puig, espigadas en sus escritos más acusadamente pedagógicos, quienes nos van a conducir a la convicción de que su doctrina educativa representa la síntesis de un pensamiento que se sintió atraído por to-

(1) FONT Y PUIG, P.: *Discurso del mantenedor de la Fiesta de las Letras*. Barcelona, 1949, pág. 2.

das las manifestaciones de la cultura. Y es natural que así sea, porque él fué personalmente, no sólo un hombre culto, sino el paradigma del hombre culto de su tiempo; afirmación que no es menester demostrar, ni tal vez se pudiera demostrar, porque lo singular no es objeto de demostración; basta con mostrar su vida y su pensamiento. Pues bien: para el doctor Font todas las manifestaciones específicamente humanas han de darse cita para determinar lo que la educación es; ampliando el esquema herbartiano, no sólo la *Ética*, sino todos los valores humanos o divinos han de concurrir a cerrar el arco del proceso educativo:

«Toda doctrina pedagógica es como una trayectoria cuyos dos puntos extremos están determinados, uno por el concepto psicológico del educando, y el otro por la graduación que el pedagogo tenga establecida de los valores humanos o divinos que pueden participarse en el hombre: en términos técnicos, el otro extremo está determinado por la escala axiológica del pedagogo; la firmeza del trazo de la trayectoria depende del grado de confianza que se tenga en la acción educativa, y la clase de línea, que sea recta, quebrada, curva o con segmentos rectos y curvos, y con tales o cuales clases de éstos, y con esta o aquella dimensión angular entre los fragmentos, que la línea esté en un mismo plano o en distintos planos, es función del grado de eficacia que el pedagogo atribuye a los diversos procedimientos didácticos y demás medios y factores educativos» (2).

La premisa de que la doctrina pedagógica del doctor Font y Puig es el resultado de una síntesis de todos los elementos culturales pudiera llevar a la conclusión, precipitada y falsa, de que fué un a modo de hombre bueno que aceptaba cuantas ideas a él llegaran para amasarlas y cocerlas en su horno pedagógico. En mi opinión, fué un crítico exigente y respetuoso para la verdad dispuesto a aceptar cualquier elemento cultural que pudiera tener valor, pero igualmente alerta contra cualquier visión, parcial o deformada, de la realidad educativa.

Conocida es de todos la estimación que sentía por la filosofía oriental; tal vez lo mejor que en España tenemos sobre las doctrinas educativas de la India sean los artículos por él escritos y publicados en la *Revista Española de Pedagogía*; mas en ellos, al lado de conclusiones que destacan el valor doctrinal de las más viejas manifestaciones de la cultura aria, se consignan con toda honradez sus limitaciones por uno y otro lado; tanto por el exclusivismo lírico que conduce a imprecisiones y oscuridades, cuanto por el exclusivismo implícito en una exagerada valoración del valor del pensamiento filosófico:

(2) FONT Y PUIG, P.: «La Pedagogía de S. Juan Bautista de la Salle», en *Revista Española de Pedagogía*, núm. 33, 1951, pág. 561.

«El daño no estuvo —escribe refiriéndose a la primitiva educación india— en el cultivo de la fantasía y del sentimiento, sino en el exclusivismo en el sentido de que la educación literaria fuese a base solamente de poesía lírica» (3).

«Hasta muy tarde, el pensamiento indio anduvo muy escaso de método filosófico, de inferencia lógica, de continuidad.

Otra consecuencia perjudicial fué la falta de exactitud y precisión en los conceptos, de aquella exactitud y precisión que deriva de la sola función intelectual, y que se concreta en definiciones adecuadas, exclusivas y concisas, en las que tanto sobresalió el pensamiento griego después de la iniciación socrática, singularmente con Aristóteles. El pensamiento filosófico indio adolece de falta de determinación de contornos, adolece de sombras indefinidas, vaporosas y fluctuantes; las doctrinas aparecen como diluidas en una luz oscilante, entre mallas temblorosas» (4).

Por todos ustedes es tan bien o mejor conocido que por mí el horror que el doctor Font sentía por la confusión, su deseo, siempre operante, de claridad y precisión. A pesar de tal aprecio, no se deja llevar por el exclusivismo intelectualista y condena igualmente la parcialidad de quien considera la superioridad intelectual como única norma de valoración humana:

«Se advierte en algunos textos —dice— desmesurada estimación del conocimiento filosófico, creyendo que la superioridad en éste es la fuente de la supremacía política. Error en que incurrieron también nuestros griegos y algunos posteriores, si bien abundaron los que creyeron que no era de hecho la fuente de supremacía política, sino que debía serlo.

Error que tiene la misma raíz que la exageración de la «importancia de la asignatura» cometida por los profesores y tratadistas que la profesan» (5).

«Peor es el descarrío que también en uno que otro texto se advierte, aunque diste de ser general, de considerar que la superioridad intelectual en grado excelso constituye a quien la posee en nobleza exenta de la ley moral común. Es desviación impulsada por la soberbia, desviación en que a lo largo de los siglos han incurrido los que, cegados por aquel pecado capital, no han comprendido que la aristocracia moral no consiste en evadirse de las normas de moral, que lo son para todos los hombres, ni siquiera de aquellas impuestas por la religión positiva, sino en el cumplimiento de normas más rigurosas que las comunes, sin transgredir éstas, antes bien, cumpliéndolas con mayor perfección, enderezando pensamientos y obras al Fin Supremo más directamente, con mayor grado de conciencia y con mayor pureza de intención.»

(3) FONT Y PUIG, P.: «La educación en el período del Rig-Veda», en *Revista Española de Pedagogía*, núm. 19, 1947, pág. 527.

(4) FONT Y PUIG, P.: «La educación en el período del Rig-Veda», en *Revista Española de Pedagogía*, núm. 20, 1947, pág. 529.

(5) FONT Y PUIG, P.: «La educación en las Upanishads», en *Revista Española de Pedagogía*, núm. 33, 1951, pág. 38.

Saliendo del estudio crítico de doctrinas ajenas y entrando en la expresión de su propia doctrina, también el pensamiento del doctor Font se nos presenta como una obra de síntesis.

En primer lugar, el concepto del hombre como síntesis de vida orgánica y psíquica, con la cual va conexa la vida religiosa. Es curioso señalar la original postura del doctor Font respecto a la doctrina hilemórfica, que no acepta como explicación cosmológica y que, sin embargo, admite como explicación antropológica. En la ponencia que desarrolló en el Congreso Internacional de Filosofía celebrado en esta ciudad de Barcelona del 4 al 10 de octubre de 1948 señala el interés permanente de la cuestión de la unidad del hombre en los siguientes términos:

«La cuestión de la doble vida orgánica y psíquica en la unidad del hombre ha sido de interés tan permanente, que se ha planteado y resuelto, o de distintos modos se ha intentado resolver en cualquier cultura filosófica de cualquier país y de cualquier siglo que hacia el hombre haya dirigido su atención. Su conexión con lo religioso ha contribuido a mantener viva la cuestión. Y la psicología más exclusivamente empírica no ha podido relegar un tema que los hechos plantean de modo inmediato: se abstendrá de profundizar en él de modo expreso, pero sus explicaciones de los fenómenos irán inevitablemente influidas por la concepción que se tenga sobre aquél. Más es: los progresos de la Medicina y de la Psiquiatría y de las ciencias que las fundamentan, acentúan no sólo la actualidad del tema, sino también las últimas palabras del título de esta ponencia: ¡Unidad del hombre!» (6).

La ponencia desemboca en una referencia no a las afinidades, pero sí a una cierta analogía entre la concepción escolástica de la relación entre alma y cuerpo humanos y concepciones tan diversas como la cartesiana y la hindú, y concluye con la posibilidad de aceptar el hilemorfismo para explicar la relación entre alma y cuerpo y no aceptarle en Cosmología, sin que haya contradicción en ello. No dice explícitamente que él se halle en esta posición, pero, en verdad, fué la suya, porque expresamente se lo oí afirmar en alguna de las conversaciones que con él tuve. Sin entrar en el problema de la justificación de tal postura, quede dicha mi opinión de que se vió forzado a ella porque, sin ser hilemorfista en Cosmología, no tenía otro camino para dar al hombre el sentido de unidad hacia el que se siente arrastrado todo el pensamiento del doctor Font.

En el campo de la cultura, en general, también puede apreciarse la característica de síntesis con que la concebía don Pedro Font. En primer lugar, como síntesis de verdad y de belleza, de la cual es

(6) FONT Y PUIG, P.: *La doble vida orgánica y psíquica en la unidad del hombre* (Ponencia), Congreso Internacional de Filosofía, Barcelona, 1948, pág. 97.

buena muestra su extenso trabajo sobre «La belleza de la ciencia», fruto temprano de su talento, en la que pone de relieve la conformidad de la belleza con la ciencia, en tanto que una y otra tienen «la proporción y la armonía por ley esencial en su constitución» (7). Cierran este libro dos capítulos en verdad interesantes sobre la poesía de la ciencia y sobre las relaciones entre arte y ciencia.

Completando lo que al comienzo de esta conferencia se dijo sobre la devoción del doctor Font por el rigor y la precisión del pensamiento bueno, ha de ser hacer ahora una alusión a su devoción por la belleza; devoción que puso de relieve sobre todo en su capacidad de creación artística y en su notable capacidad de apreciación estética y en su notable capacidad de creación artística en la literatura y en la oratoria. No creo que una tal preocupación por la belleza esté ajena al aprecio que sentía por el pensamiento pedagógico indio, precisamente por lo que tiene de expresión poética:

«La India aria ofrece a nuestra observación el caudal de la experiencia pedagógica, el caso de un pueblo nutrido literaria y religiosamente desde su comienzo hasta muchos siglos más tarde, probablemente hasta el siglo VIII antes de J. C., o sea durante siete siglos casi exclusivamente, y de un modo absoluto, predominante, con poesía lírica.

Sus únicos maestros fueron los «rishis», es decir, los poetas creadores de himnos, y quienes transmitieron en el encanto de su reverente y armoniosa declamación, los himnos creados.

Ciertamente hay en el Rig-Veda teología y filosofía teóricas y morales, pero sin dejar de ser poesía lírica; y aún los pasajes de los cuales se desprende el cultivo de la ganadería, de algunas ramas de la artesanía y de la música, son líricos también; nada hay que no esté embebido y aureolado por poesía lírica» (8).

Y adviértase que para nuestro protagonista la belleza no es sólo un objeto de intuición o contemplación; es también, y tal vez sobre todo, un profundo estímulo educador, en tanto que ejerce una influencia purgativa respecto del egoísmo humano:

«De ahí que la pureza del estado estético está en razón directa: a) de la aptitud del sujeto para desprenderse del servicio del egoísmo; b) de la vida con que el objeto, en vez de representar un fenómeno, representa la Idea esencial. Por ello, cuanto emancipa al sujeto del egoísmo, libertándolo de la servidumbre del deseo de las cosas finitas y útiles, viene a redundar en una proyección de valor estético sobre las cosas, que las redime de la trivialidad en el orden de la belleza con que pasan indiferentes ante la mirada vulgar; y, recíprocamente, todo objeto que representa con pureza no la cosa indi-

(7) FONT Y PUIG, P.: *La belleza de la ciencia*. Murcia, 1921, pág. 89.

(8) FONT Y PUIG, P.: «La educación en el período del Rig-Veda», en *Revista Española de Pedagogía*, núm. 19, 1947, págs. 525-26.

vidual, sino la Idea, o rompe, o cuando menos afloja, los grilletes con que el deseo tiene esclavizado al sujeto» (9).

Las aportaciones más personales del doctor Font y Puig a la Pedagogía son, sin duda, las que se encuadran en la Historia y en el análisis etimológico de los términos pedagógicos.

A mi modo de ver, también estas aportaciones, que pueden principalmente verse en los mencionados trabajos sobre la educación en la antigua India, sobre los valores pedagógicos de San José de Calasanz y de San Juan Bautista de la Salle, sobre lo paternal en la educación, significación agarrada a la misma raíz de la palabra *educar* y en un valioso trabajo inédito acerca de las sugerencias que ofrece la etimología de los principales términos pedagógicos; también estas aportaciones, repito, son fruto de una peculiar visión sintética, porque la historia no es mero conocimiento de hechos pasados, sino que es ciencia de lo actual, empleando frase utilizada por un joven profesor de la Universidad barcelonesa, en cuanto que el hecho histórico no es un puro pasado, sino un pasado que ha entrado en el presente (10). Dicho con otras palabras, es éste, en sustancia, el pensamiento del doctor Font:

«En la enorme multitud de hechos acaecidos y de que se conserva memoria, innumerables e incontables en su conjunto, la Historia discierne y elige unos como objeto suyo, y relegados los demás a la anécdota. ¿Con qué criterio? Con el de la importancia en el sentido de influencia apreciable en el devenir posterior o en hechos simultáneos que en devenir posterior influyeran según el nexo causal entre unos y otros» (11).

De la misma manera, en la significación actual de una palabra se hallan encapsuladas la significación originaria de tal vocablo y los sucesivos significados que las variaciones semánticas han ido introduciendo, de suerte que el sentido actual sólo se alcanza de una manera completa si se comprende como síntesis de tales varias significaciones.

Si se me obligase a hablar de la obra pedagógica del doctor Font y Puig separadamente de su doctrina, diría que no es necesario, porque ya está hecho. En el programa de este acto se menciona al doctor Font como catedrático, publicista y conferenciante; y en ver-

(9) FONT Y PUIG, P.: *Los valores estéticos y la virtud artística en la ciudad española Quietadora*. Barcelona, 1925, pág. 7.

(10) Véase las referencias que, al hablar del procedimiento histórico, en Pedagogía, hago a los trabajos de los profesores Vázquez de Prada y Millán Puelles, en mi obra en preparación *Fundamentos de Pedagogía sistemática*.

(11) FONT Y PUIG, P.: *El conocimiento histórico y el científico*. Barcelona, 1945, página 20.

dad que fué nada más y *nada menos* que eso. ¿Me permitirán ustedes decir, no obstante, que también en la obra pedagógica de don Pedro Font y Puig se manifiesta el carácter sintético de su doctrina?

Una razón obvia se halla en el hecho mismo de utilizar tan variados medios de magisterio: la cátedra como instrumento sistemático de formación; la conferencia, como medio ocasional de enseñanza; el libro y el artículo doctrinal, como elementos de formación minoritaria; el periódico, en tanto que estímulo educativo para círculos sociales amplios. Todos estos diferentes modos de expresión y de contacto claramente manifiestan el propósito definido de utilizar todos los medios posibles, sintetizándoles en una finalidad común: la educación.

Aún tendríamos que mencionar una actividad y una influencia pedagógica del doctor Font, que realizó contrariando sus inclinaciones personales. No descubro un secreto si digo que el doctor Font no se sentía atraído por las funciones de gobierno; quizá porque su radical humildad era incompatible con el coeficiente de ambición de poder que hay en toda vocación de gobierno en tanto que vocación política. Sin embargo, siempre estuvo disponible para cualquier gestión o representación exigida por los estudios y las investigaciones pedagógicas. Y ahí está; mejor dicho, aquí están ustedes como fruto de los trabajos y preocupaciones de don Pedro Font y Puig. Porque la organización de la Sección del Instituto «San José de Calasanz», de la Delegación de la Sociedad Española de Pedagogía, y la reinstauración de la Sección de Pedagogía en la Universidad, todas ellas en Barcelona, no se hubieran realizado en la época y del modo que se realizaron de no haber contado con el talento, el trabajo y la persona del doctor Font.

La verdadera causa, la más honda razón de la unidad en tantas actividades se halla en la profundidad con que el doctor Font comprendía la obra del maestro como una síntesis de doctrina y vida y la educación misma como una perfección de maestro y discípulo.

«El (el maestro) ha de ser primeramente él el educado, en toda la comprensión del término «educado»: todo maestro ha de ser luz del mundo, decía San Carlos Borromeo: no nos engañemos creyendo que podamos separar nuestra intimidad particular de nuestra actuación como maestro, de tal manera que nada de lo viciado de nuestro ideario, sentimientos o conducta se muestre en el ejercicio de nuestra función; siempre rezumará» (12).

En la actuación educativa del doctor Font siempre rezumaba, como de manantial que no cesa, aquella intimidad culta, elegante y

(12) FONT Y PUIG, P.: *Lo paternal en la educación*. Gerona, 1945, pág. 9.

cristiana, que aparecía al exterior envuelta en las formas de una exquisita cortesía, que en cualquier otro hubiera sido afectación o máscara y que en don Pedro Font y Puig era la expresión natural y auténtica de una ejemplar personalidad que en lo exterior placía a los hombres y que sin duda ninguna en lo interior agradó a Dios.

VÍCTOR GARCÍA HOZ,

Director del Instituto «San José de Calasanz»,
de Pedagogía.